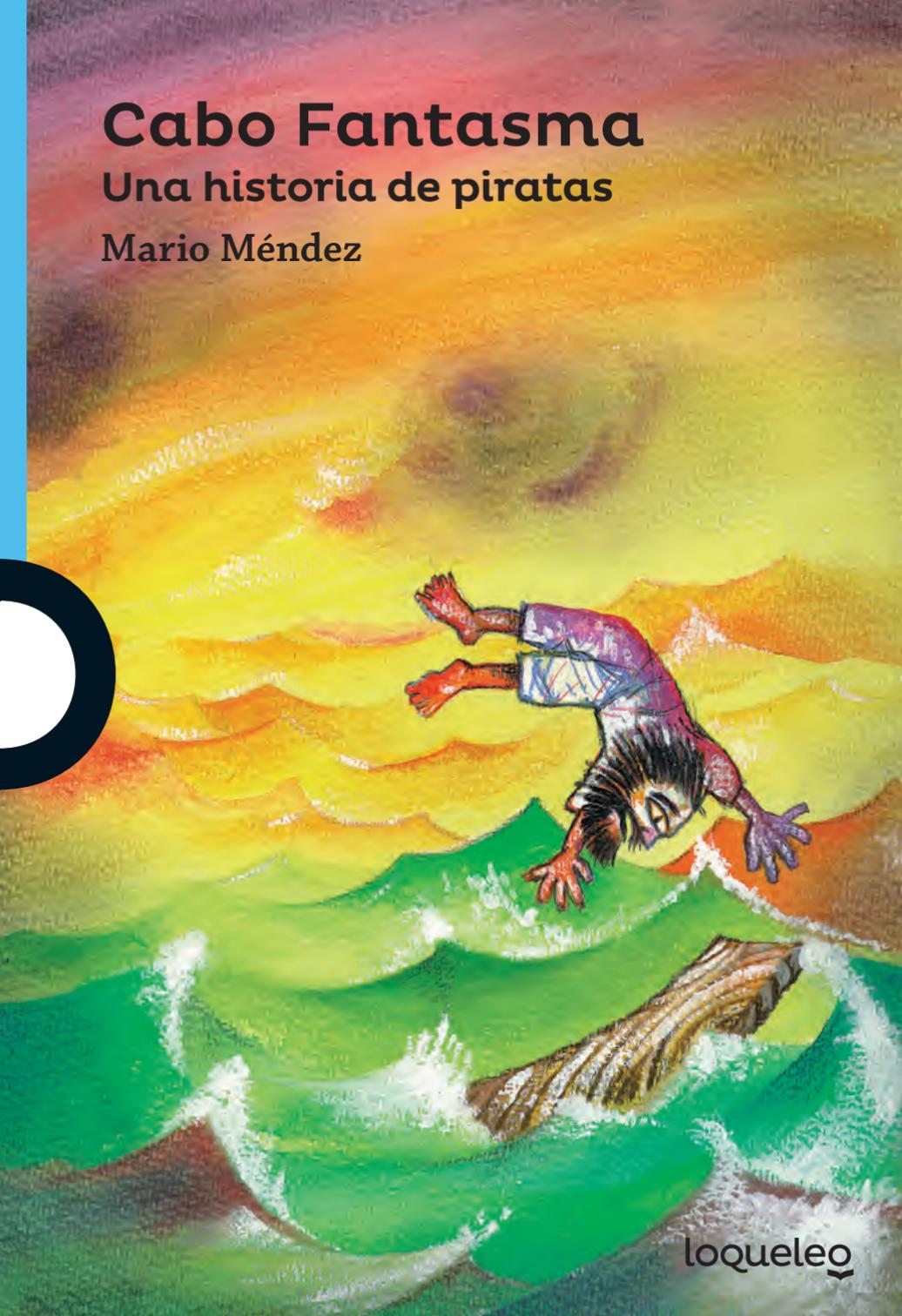


Cabo Fantasma

Una historia de piratas

Mario Méndez



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 1998, MARIO MÉNDEZ
© 1998, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4602-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: SHULA GOLDMAN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario

Cabo fantasma / Mario Méndez ; ilustrado por Shula Goldman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4602-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Goldman, Shula, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN PRIMERA CLASE IMPRESORES, CALIFORNIA 1231, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Cabo Fantasma

Una historia de piratas

Mario Méndez

Ilustraciones de Shula Goldman

loqueleog

*A Rosana, que me ayudó
a capitanear este barco.*



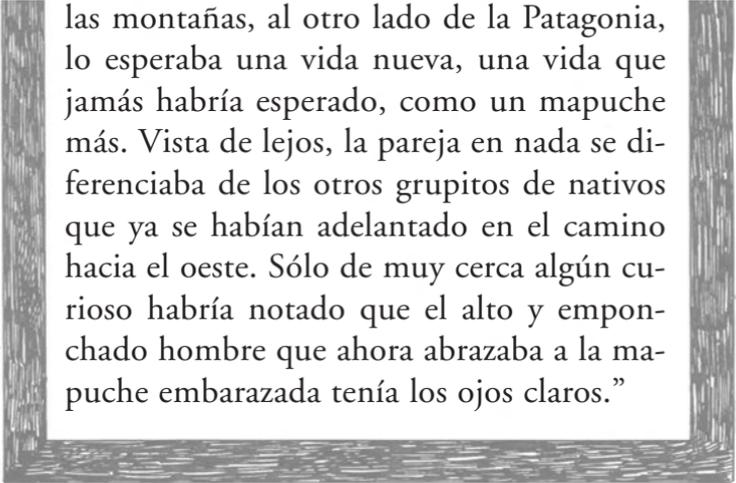
Yo tengo un abuelo raro. Así como suena quizá suene mal, pero es la pura verdad: hay chicos que tienen un padre astronauta (¿por qué no?, en Estados Unidos o en Rusia puede ser tranquilamente), o una madre actriz de cine, o un hermano campeón de algún deporte, o cualquier cosa extraña, por extravagante que parezca. En fin, la cosa es que yo tengo un abuelo raro, tan raro que algunos miembros de mi familia (los que yo menos quiero, para ser sincero) suponen que está chiflado. Pero allá ellos. Yo nunca creí semejante cosa, y mi mamá —la hija del abuelo Froilán, que es de quien estoy hablando—, tampoco lo cree, más bien todo lo contrario. Mi papá mucho no se mete, el abuelo y él se llevan bien y con eso parece alcanzarles a los dos, y mi hermana, que es muy chiquita, no entiende nada. Pero por qué es raro, se preguntarán ustedes, (eso al menos es lo que yo me preguntaría, así que voy a hacer de cuenta), bueno, es raro por muchas cosas que voy a ir enumerando según me acuerde. Mi abuelo, el capitán Froilán Rivera,

retirado de la Marina Mercante, es un empedernido buscador de tesoros, sea cual sea, en el fondo del mar, entre las algas y, de ser posible, en la vieja bodega de algún pintoresco galeón español (u holandés, o inglés, o francés, para el caso da lo mismo) dentro de un cofre herrumbrado y más pesado que los restos del galeón mismo. El abuelo vive, desde hace más de veinte años, cuando se quedó viudo, en un lugar alejadísimo de todo, un pueblito de veinte casas en la costa del Atlántico, hacia el sur de Bahía Blanca, que se llama Cabo Fantasma y desde que se instaló allí no volvió a pisar la ciudad en todo este tiempo, (ni creo que vuelva a hacerlo) y nunca explicó por qué. Y hay más cosas: el abuelo fue capitán de un barco que llevaba y traía mercaderías por todo el mundo, y está siempre con su gorro de marino puesto, y con los instrumentos de navegación a mano, incluido un largavistas antiquísimo que casi siempre lleva colgando de una cinta que le cruza el pecho. Y en su casita, que está casi colgando de un acantilado, vive con un perro que se llama, como es casi obvio, Grumete, y no recibe más visitas que las que le hace otro viejo marino como él, el contra maestre Salvatore, un ex compañero apenas un poquitín más joven, que fue contra maestre de su barco y con el que se tratan siempre de “capitán” y “contra maestre”, a pesar de que han pasado como cuarenta años juntos y son íntimos amigos. En fin, hay más cosas todavía, pero ya las voy a ir contando de a poquito, cuando vengan a

cuento. Por ahora les pido que me tengan confianza: si les digo que el abuelo es raro, es porque definitivamente es raro. Y además es cascarrabias, simpático, grandote, fumador de pipa, gritón, y el viejo más bueno que yo conozca.



“...Y entonces, desde la altura del acantilado, acompañado de su nueva familia patagónica, el capitán Fernando Pérez de Loayza miró con nostalgia los restos de la hasta hacía poco elegante nave, la nave que él había conducido a través del Atlántico entero y que ahora se hundía lentamente en el mar, y se despidió con un gesto breve de su mano derecha, la única que le quedaba. Su nueva mujer, Quimey, avanzó su redondo cuerpo de embarazada y como entendiendo todo lo que el curtido marino español saludaba con ese gesto, le apoyó una mano en el hombro, en silencio. El hombre sonrió y de a poco le fue dando la espalda al mar, al cabo desierto, a la nave que terminaba de hundirse apenas unos cientos de metros más allá de la playa, a su querida España, a la civilización que lo había traído a estas costas y a sus viejos sueños. Rumbo a



las montañas, al otro lado de la Patagonia, lo esperaba una vida nueva, una vida que jamás habría esperado, como un mapuche más. Vista de lejos, la pareja en nada se diferenciaba de los otros grupitos de nativos que ya se habían adelantado en el camino hacia el oeste. Sólo de muy cerca algún curioso habría notado que el alto y emponchado hombre que ahora abrazaba a la mapuche embarazada tenía los ojos claros.”

“Hombre, caramba, que esto no ha quedado nada mal”, pensó Felipe Pérez-Vallejos, historiador desocupado y tatarataranieta del capitán Loayza, y apagó la computadora. “Qué va”, volvió a decirse a sí mismo, “que esto está muy pero muy bien”. Sonriente, Felipe Pérez-Vallejos se levantó de su escritorio y sirviéndose una copita de jerez brindó consigo mismo, frente al espejo, a la salud de su recién terminado libro, la *Vera historia del naufragio de la Santa Encarnación de la Cruz*. Y no era para menos. El libro le había costado dos años y medio de trabajo, la mitad de ese tiempo investigando y la otra escribiendo. Había recibido, enviado por unos remotos parientes chilenos que no conocía, los restos mal conservados del libro de bitácora de la Santa Encarnación y la mitad de un diario personal de su antepasado marinerero,



y juntando eso con su pasión por la historia y las aventuras acababa de terminar un libro que tenía más de novela que de historia, casi trescientas páginas que el joven Felipe estaba seguro de que iban a dar que hablar. Y acertaba, sólo que ni aún su notable imaginación podía llegar a pensar en todo lo que el libro terminaría provocando.

